

## QVALES DIOMEDIS EQVI

(Seru. ad Aen. I. 752)

Entre las preguntas que Dido, inquieta, “multa super Priamo rogicans, super Hectore multa” (Aen. I. 750), dirige a su huésped troyano, surge la de los caballos de Diomedes: “Nunc, quales Diomedis equi”.

Servio, al comentar este pasaje, dice: “non debemus eos equos intellegere quos Aeneae sustulit; nec enim congruit. sed de his interrogat quos sustulit Rheso. *quales* autem dixit ac si diceret: ‘anne sic feroces ut illi a quibus ducebant originem?’ Diomedes enim rex Thracum. habuit equos qui humanis carnibus uescebantur. hos Hercules abduxit (Seruius Danielis: “hos Hercules occiso crudeli tyranno abduxisse perhibetur”) de quibus dicuntur supra memorati equi originem ducere aut ideo *quales*, qui potuerint esse ita diuini ut inter fatalia Troiana numerarentur; nam ideo et supra (472) ardentis ait”<sup>1</sup>.

Analicemos el escolio. Indudablemente, la opinión serviana que identifica la vaga mención genérica con los caballos de Reso ha tenido larga descendencia. Los alejandrinos de Delille, traductor del pasaje, cantarían “les coursiers de Rhésus, les troupes de Memnon”, plasmando poéticamente la opinión de los comentaristas, que, en gran mayoría, siguen la línea de Servio. La razón de la preferencia es obvia. En ese mismo canto primero de la Eneida, Virgilio, al detallar las pinturas

<sup>1</sup> *Servianorum in Vergili Carmina Commentariorum*. Editionis Harvardianae. Lancasteriae Pennsylvaniae. E typographeo Lancastriano. MDCCCXXXVI, vol. II, p. 309.

murales del templo de Dido, nos muestra a Eneas que reconoce llorando cómo "instaret curru cristatus Achilles / nec procul hinc Rhesi niveis tentoria velis" (*Aen.* I. 468-469). La mención del desventurado Reso, unida a la del terrible Pelida, se repite en el pasaje que comentamos y provoca la asociación de ideas. No obstante, con acentos de lógica perogrullesca, y, como tal, incontrovertible, Heyne observó que si se tratara efectivamente de los caballos de Reso, "id Rhesi dicendi erant, non Diomedis qui etiam aliis equis, Aeneae abductis, superbiebat in ludis funebribus Patrocli (*Iliad.* XXIII, 290 ss)"<sup>2</sup>. Sin afirmar tanto, Lejay<sup>3</sup> insinuó también que la atribución podía ser insegura. Digamos más: a estar con una estricta secuencia homérica y basándonos en similitudes textuales (cuyo valor probatorio es relativo) habríamos de afirmar que los caballos podrían ser cualesquiera, con excepción, precisamente, de los de Reso. Veamos el porqué. Según Virgilio, el rútilo Líger, burlón y provocador, dícele a Eneas en el libro décimo (580-582): "Non Diomedis equos nec currum cernis Achillis / aut Phrygiae campos: nunc belli finis et aevi / his dabitur terris". Se refiere el desafiante al hecho de que, en sus dos combates contra Diomedes y contra Aquiles, Eneas ha salido con vida por intercesión de su madre y de Poseidón. Acosado por el Tídida, fue salvado por Afrodita, quien lo cubrió con su manto para librarlo de los dardos Δανάων ταχυπόλων (*Iliad.* V. 316 ss.), y por Poseidón, quien lo alejó de Aquiles<sup>4</sup>. La diosa resultaría herida por el hijo de Tideo. A este episodio alude el mismo Virgilio varias veces<sup>5</sup>.

Ahora bien: el relato del combate entre Diomedes y Eneas corresponde al libro quinto de la *Iliada* (297 ss.), es decir, resulta muy anterior al robo de los caballos de Reso (*Iliad.* X. 433 ss.). En el mismo libro quinto, antes del encuentro entre ambos héroes, Homero menciona los otros robos de caballos

<sup>2</sup> HEYNE, CHR. GOTTL., P., *Virgilius Maro varietate lectionis* ... Ed. tertia. Lipsiae, sumptibus Caspari Fritsch. MDCCCIII. Excursus XXVI ad libr. I., t. II, p. 192.

<sup>3</sup> PLESSIS, F.; LEJAY, P., *Oeuvres de Virgile*. Paris, Hachette, 1919, p. 287, nota 10.

<sup>4</sup> *Iliad.* XX. 318. *Neptuno lo recuerda en Aen.* V. 310 ("nube caua rapui").

<sup>5</sup> *Aen.* X. 29: "equidem, credo, mea uulnera restant"; X. 81: "tu potes Aeneam manibus subducere Graium". Cfr. *Aen.* XI. 276-277.

cometidos por Diomedes. Así, los de Dares (V. 25) Ἴππους δ' ἔξελάσας μεγαθύμου Τυδέου υἱὸς δῶκεν ἐταίροισιν κατὰ γαίην κοίλας ἐπὶ νῆας, los de Equemo y Cromio (V. 163) τοὺς ἀμφοτέρους ἔξ ἔκτων Τυδέος υἱὸς βῆσε κακῶς ἀέκοντας, y allí también declara Diomedes su propósito de apoderarse de los de Eneas (*Iliad.* V. 263 ss.). Es decir que los caballos a que alude Líger pueden ser los de Dares, Equemo o Cromio, pero no los de Reso, quien es mencionado por primera vez mucho después.

Veamos ahora la similitud entre la bravata del rútilo y la pregunta de Dido. Dice él: "Non Diomedis equos nec currum cernis Achillis" (X. 580), y la reina: "Nunc, quales Diomedis equi; nunc, quantus Achilles" (I. 752). Ambas expresiones contienen términos semejantes y quizás el mismo sentido. Ambas parecen referirse a los momentos en que Eneas ha corrido mayor peligro y ha sido salvado por su madre, directa o indirectamente (*Iliad.* V. 314 y XX. 318). La reina resumiría, pues, en tales preguntas, su amor y su angustia por las desventuras del troyano, sin referencia alguna a los caballos de Reso.

Retomemos ahora el escolio de Servio: "quales autem dixit ac si diceret: "anne sic feroces ut illi a quibus ducebat originem?" Servio establece, pues, una clara relación entre los caballos "homéricos" de Diomedes, hijo de Tideo, y los feroces equinos antropófagos del homónimo rey de Tracia, hijo de Ares y Cirene y rey de los Bistonos, a quien se refiere Apolodoro en su *Biblioteca*<sup>6</sup>. Tal genealogía equina pasa inadvertida para muchos. Heyne comenta: "Quod Servius Diomedis equos a Diomedis Thracis equis carnivoris originem ducere dicit, inter grammaticorum acumina referendum esse uideatur"<sup>7</sup>. Con todo, hemos de notar que Diodoro Sículo (IV,

<sup>6</sup> Apolodoro habla, empero, de yeguas, que Hércules, vencedor, entregaría a Euristeo. Éste, según la leyenda, las abandona. Los animales van al Monte Olimpo, donde son destrozados por las bestias salvajes. Sobre el tema de estos equinos comedores de carne humana, cfr. FILÓSTRATO, *Imag.* II, 25; QUINTO DE ESMIRNA, *Posthom.* VI, 245 ss., y JUAN TZETZES, quien en *Chiliad.* II, 299-308 parece seguir a Apolodoro, según apunta FRAZER, de quien tomo estas citas (*Coment. a Apolodoro*, en *Colecc. Loeb.* t. I, p. 200, n. 1); ESTRABÓN, VII, p. 331; fragm. 44 y 47, ed. A. Meineke; Stephanus Byzantius, s. v. Ἀβδηρα; Hygin. *Fab.* 30, quien da los nombres de cuatro caballos, no de yeguas.

<sup>7</sup> HEYNE, *op. cit.*, Excursus XXVI ad libr. I, t. II, p. 192.

5, 3, ss.) trasmite la tradición según la cual las yeguas de Diomedes, después de haber devorado a su vencido patrón, fueron consagradas por Hércules a Hera, y sus descendientes existían aún en épocas de Alejandro Magno. La vinculación de los animales se hace posible así por la leyenda y toma consistencia en otros planos por el apoyo que le prestan nuevos enfoques. Ya E. Saglio señalaba<sup>8</sup>, con Welcker, Puller y otros mitólogos, la posibilidad de que la fábula y el culto de Diomedes se sustituyan a los de un antiguo dios pelásgico, de nombre y atributos semejantes, nauta impávido y dominador de caballos, como aquél<sup>9</sup>. Tal sincretismo, de amplia extensión geográfica, se manifiesta a veces en sacrificios de equinos y ofrece otras correlaciones a las que alude el prof. Giulio Giannelli<sup>10</sup> cuando identifica al Diomedes de la leyenda heraclea con el héroe homérico.

Pero retornemos a los "grammaticorum acumina". Servio, al reparar en tal genealogía mítica, nos insta a puntualizar la posibilidad de que Virgilio, con intuición sincrética de artista, hubiese mencionado a Diomedes a través de sus caballos para referirse directamente a un episodio de la *Iliada* en que había participado el errabundo Eneas y evocar, a un tiempo y como telón de fondo, el horrendo recuerdo de los corceles antropófagos vinculados a uno de los trabajos de Hércules, cuya presencia es frecuente en el poema<sup>11</sup>.

Luego, según hemos visto, Servio ensaya otra explicación del *quales*, remitiéndonos al verso 472 de ese primer libro de la *Eneida*, es decir, vinculando la pregunta a la fatalidad que se cernía sobre el rapto de los caballos, según él mismo explica

<sup>8</sup> DAREMBERG-SAGLIO, *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines*, Paris, Hachette, 1892, t. II, p. 228.

<sup>9</sup> Cfr. STRAB. V, p. 214-215; SCYLAX, p. 6, Huds.; PLIN. III. 120; Steph. s. v. Ἀτρία cit. por Saglio, l. c.

<sup>10</sup> *Encicl. Treccani*, art. "Diomede": "...L'identità del D. greco con il D. tracio è attestata specialmente dai riti primitivi, conservatisi ancora in età storica, specialmente alla periferia del mondo greco (sacrifici umani a Cipro del pari che in Tracia) e da certe peculiarità del culto (il cavallo, animale a lui sacro in Italia del pari che in Tracia)".

<sup>11</sup> El culto de Hércules, ligado al Ara Máxima romana, es justificado poéticamente por Virgilio en el largo desarrollo arcádico del libro VIII, 185 ss., en que Evandro explica el porqué de los "meritos... honores" (v. 189) a un dios extranjero, rendidos de acuerdo con un rito griego (cfr. TIT. LIV. I, 7, 3).

en la glosa al verso I, 469<sup>12</sup>. En efecto: Reso, rey de Tracia, había llegado para defender a Troya en los momentos previos a su caída<sup>13</sup>. El oráculo había anunciado que si los corceles que él traía llegaban a pacer en la campiña troyana o a beber las aguas del Janto, la ciudad asediada no sucumbiría. En la misma noche de su llegada, y antes que se cumpliera tal condición favorable, Diomedes habría de darle muerte mientras Ulises desataba los caballos y los aguijaba con el arco, "porque no había pensado en apoderarse del espléndido látigo abandonado en el labrado carro" (*Iliad.* X. 495-502).

¿Por qué ensaya Servio una explicación tan abstrusa de *quales*? Él nos lo aclara: "nam ideo et supra (472) ardentis ait". Efectivamente, los caballos de Reso habían sido ya descritos y calificados de fogosos. Tan seguro está Servio de que se trata de tales caballos, que no cree posible que Dido requiera las características físicas de esos corceles, dado que ella misma los ha hecho representar en el templo consagrado a Juno donde Eneas había de contemplarlos entre lágrimas<sup>14</sup>.

12 "Rhesus, rex Thraciac, ut (Seru. Dan.: quidam tradunt Martis, ut alii Hebrí uel Strymonis et Enterpes Musac filius) fuit, qui cum ad Troiac uenisset auxilium clausisque iam portis tentoria locauisset in litore, Dolone prodente Troiano, qui missus fuerat speculator, a Diomede et Vluxe est interfectus, qui et ipsi speculatum uenerant; abductique sunt equi quibus pendebant fata Troiana

ut, si pabulo Troiano usi essent uel de Xantho Troiac fluuio bibissent, Troia perire non posset."

13 Homero no dice que Reso hubiese llegado a último momento, pero lo da a entender al afirmar que sus caballos no estaban acostumbra- dos aún a pisar cadáveres (*Iliad.* X, 493: ἀήθεσσαν γὰρ ἔτ' αὐτῶν). No obstante, la tradición común sostenía (cfr. PERRON, *L'Iliade d'Homère*. Paris, Hachette, 1883, t. I, p. 377, nota) que Reso había intervenido en la batalla del día anterior, donde se había señalado por su valentía. Dídimo de Alejandría ya lo apuntada así (καὶ μίαν ἡμέραν συμβαλῶν πολλοὺς τῶν Ἑλλήνων ἀπέκτεινε), pero recordaba al propio tiempo la tradición del oráculo (ἔνιοι παραγεγονέναί δὲ λέγουσι, νοκτὸς τὸν Ἔρῃσον εἰς τὴν Τροίαν, καὶ πρὶν γεύσασθαι αὐτὸν τοῦ ὕδατος τῆς χώρας φονεῖσθαι). Perron acota que, aun en el caso de haber llegado Reso en la noche fatal, "n'eût certes point manqué, avant de s'endormir, de mener ses chevaux à la rivière, et d'y remplir lui même sa coupe du breuvage recommandé par l'oracle".

14 *Aen.* I. 446-447:

Hic templum Iunoni ingens Sidonia Dido  
condebatur, donis opulentum et numine diuac.

Así, "ardentes", los habría visto Eneas. En el escolio a I. 472, Servio

El mismo Servio parece ofrecernos aquí el testimonio interno más valedero de su error: al identificar a los caballos de Diomedes con los de Reso habría de encontrarse en un callejón sin salida, pues la pregunta de la reina resultaría a todas luces carente de sentido si la refiriésemos, como es lógico, al aspecto de los animales, que ella conocía muy bien. De allí la rebuscada explicación fatídica con que Servio procura responder a esa regia y femenina curiosidad.

Acotemos, con todo, que el evidente "tour de force" exegetico no puede valernos, por sí solo, de argumento definitivo para descartar la alusión a los corceles de Reso, pues ello resultaría de admitir, como hace Servio, una secuencia perfectamente lógica en los pensamientos de la desdichada posesa. Notemos que, aplicando el mismo razonamiento estricto, resultaría también incongruente la pregunta acerca de "quibus Aurorae uenisset filius armis" (*Aen.* I. 751), pues las armas del tostado Memnón también están representadas en el templo con detalle, hasta el punto de que Eneas las reconoce distintamente (*Aen.* I. 488-489).

Ante tales perplejidades, comienza a resultar tentador el pensamiento de que Virgilio ha querido reunir de intento esas incongruencias en este pasaje para presentar a Dido enloquecida, rogando respuestas a cualquier tema, deseosa sólo de hacer hablar a Eneas<sup>15</sup>. Con tal propósito nos la mostraría preguntando, justamente, cosas que sabemos que ella ya conocía bien, no sólo por el detalle de las pinturas del templo, sino por propia e insistente declaración<sup>16</sup>.

GERARDO H. PAGÉS.

aclara: "ardentes" et "candidos" significat et "ueloces", ut (XI. 718) "pernicibus ignea plantis", si "ignea" "uelox" est, sine dubio et "ardens". La arbitraria versión "candidos" parece influida por el recuerdo homérico, que califica a los corceles de Reso como λευκότεροι χιώνος (*Iliad.* X 437), expresión que trasladará Virgilio para aplicarla a los caballos de Turno, "qui candore niues anteirent, cursibus auras" (*Aen.* XII. 84).

<sup>15</sup> Es lo que surge del "Iliacos iterum demens audire labores / exposcit pendetque iterum narrantis ab ore" (*Aen.* IV. 78-79).

<sup>16</sup> *Aen.* I. 565-567:

Quis genus Aeneadam, quis Troiae nosciat urbem,  
uirtutesque uirosque, aut tanta incendia belli?  
Non obtusa adeo gestamus pectora Poeni.